

Dos jubileos y un siglo en medio

El jubileo de 2000 es el último de una cadena de numerosos eslabones. El autor no pretende narrar la historia de esos años especiales de la historia eclesial, que quieren ser como altos en el camino para vivir la conversión a una fe más coherente. El presente estudio analiza sólo las diferencias entre los dos últimos años jubilares de 1900 y 2000: el paso de un régimen de cristiandad defensivo y beligerante al de convivencia con una sociedad secularizada y plural religiosamente. Se señalan los principales cambios de la Iglesia desde la inflexión marcada por el Concilio Vaticano II.

Manuel Revuelta González, SJ*

* Profesor de Historia de la Iglesia en la Universidad Pontificia Comillas. Madrid.

Los jubileos de 1900 y de 2000

EL siglo XX se cierra, como se abrió, con un gran jubileo.

Hace cien años el Papa León XIII convocó, en el paso del siglo XIX al siglo XX, un gran homenaje a Cristo Redentor. Una Comisión Internacional convocó peregrinaciones a Lourdes en 1898, a los Santos Lugares en 1899 y a Roma en 1900 y 1901. También se organizaron en todas partes peregrinaciones a los santuarios más famosos y plegarias ante el Santísimo Sacramento. Se quería dar a aquellas celebraciones un sentido reparador: «Que los últimos actos de reparación en el siglo que muere sean al mismo tiempo las primeras invocaciones que haremos a Dios en el siglo que nace» (1).

El anciano León XIII explicó el sentido del gran jubileo del año santo con actos de piedad y enseñanzas doctrinales: en mayo de 1899 consagró el género humano al Sagrado Corazón, y en noviembre de 1900 publicó una encíclica sobre Jesucristo, camino, verdad y vida de la humanidad. En la noche de Navidad de 1899, el anciano Pontífice, con sus 90 años a cuestas, golpeaba con un martillo de plata la puerta santa de la basílica de San Pedro, para inaugurar el Año Santo y Jubileo de Roma. Al año siguiente, 1901, la gracia del jubileo se extendió, como era costumbre, a todo el orbe católico. El pueblo cristiano secundó con gran entusiasmo el homenaje a Cristo al superar el siglo XIX.

Cien años más tarde el jubileo se ha preparado y se está celebrando con sentimientos y objetivos muy semejantes. También ahora un Papa anciano ha puesto toda su ilusión en abrir a la Iglesia las puertas del tercer milenio. El punto de partida del jubileo actual fue la encíclica de Juan Pablo II, *Tertio millennio adveniente* (10-11-1994), que contiene un programa cargado de sentido teológico y de iniciativas pastorales. La encíclica desarrolla lo que viene a ser el lema del Jubileo: *Jesucristo, único Salvador, ayer, hoy y siempre*. El misterio de Cristo nos adentra en el misterio de la Trinidad. Y por eso se anunciaban tres años preparatorios, dedicados sucesivamente a Jesucristo Redentor, al Espíritu Santo y al Padre, rico en misericordia (2). La encíclica contiene sugerencias valientes, como el reconocimiento de los errores e infidelidades de la propia Iglesia, las exigencias ecuménicas, el compromiso

(1) «Invitación de la Comisión Internacional para el homenaje a Cristo Redentor»: *La Cruz* 1899 (1) 326-333.

(2) Texto de la encíclica en *Ecclesia*, 1994/2, 1775-2712.

social y el recuerdo de los mártires. El reclamo del Papa se escuchó en toda la Iglesia (3). La bula de la proclamación oficial del Jubileo, *Incarnationis Mysteriorum*, invita de nuevo a recordar el misterio central de la fe cristiana, con espíritu de reconciliación y esperanza (4). El 24 de diciembre de 1999 el anciano pontífice abrió la puerta santa de la Basílica de San Pedro.

Cuando se comparan los dos jubileos separados por la distancia de cien años encontramos la misma fe en Cristo Redentor. Pero hay matices que los diferencian. El jubileo de 1900, sin olvidar las llamadas a la conversión interior, se organiza en claves de triunfo, solemnidad, reparación, exteriorización y afirmación católica. El jubileo del 2000, sin desdeñar las manifestaciones externas, fomenta más claramente la reflexión teológica, el reconocimiento de culpas, la conversión y la apertura ecuménica. En 1900 se procuraba exaltar la gloria de Cristo por medio de procesiones públicas, peregrinaciones multitudinarias, entronización de imágenes y solemnes funciones de adoración eucarística. Ahora se insiste en que la confesión de la fe ha de lograrse principalmente en el seguimiento del mensaje evangélico y en la peregrinación interior que busca el encuentro con Dios, la unidad con todos los creyentes y el servicio a todos los hermanos. El acento se puso entonces en la reparación por las ofensas que Cristo había recibido de la impiedad del siglo XIX. Ahora no se olvida el testimonio de los mártires del siglo XX, pero se insiste en el reconocimiento de las culpas propias y se busca la purificación de la memoria dentro de la Iglesia. El papa León abrió la puerta santa con un martillo de plata. El Papa Juan Pablo la ha abierto con el impulso de sus manos. Son dos talentos de la misma Iglesia con un siglo entre medias. Una Iglesia combativa intentaba derribar el muro que la separaba de un mundo hostil. Una Iglesia dialogante abre las puertas al mundo indiferente, y le ofrece su solidaridad, porque es su propio mundo.

Es el mismo Cristo contemplado desde ángulos distintos. Es la misma Iglesia que, al cabo de cien años de peregrinación, invita a contemplar el camino recorrido, marcado por los signos de los tiempos.

(3) Discurso de Juan Pablo II al Comité Central del Jubileo, 12-2-1998, en *Eclesia* 1998/1, 364. El Calendario para el Año Santo del 2000, 21-5-1998, en *Eclesia* 1998/1 Plan Pastoral de la CEE para 1997-2000, en *Eclesia*, 1997/1, 12-35. Documento del Pontificio Consejo de Pastoral para Emigrantes, 25-4-1998, en *Eclesia*, 1998/1, 814-826, que explica el jubileo como una gran peregrinación al encuentro de Dios y de los hermanos.

(4) La bula está fechada el 29-11-1999; texto en *Eclesia*, 1999/2, 1874-1880.

La peregrinación cristiana a lo largo del siglo XX

La Iglesia a la defensiva y el intento de una reconquista cristiana

HASTA bien entrado el siglo XX, o hasta el Concilio Vaticano II si queremos utilizar un hito simbólico, la Iglesia conservaba todavía las aspiraciones propias de un régimen de Cristiandad, y mantenía unas posturas defensivas y conquistadoras frente al mundo moderno. He aquí algunos de los rasgos más característicos.

Defensa de la verdad. La Iglesia se esforzaba en manifestarse ante el mundo como poseedora de la verdad. En la relación con los estados se mantenía el espíritu del *Syllabus*, con su condena al liberalismo; lo que provocaba controversias con un mundo cada vez más pluralista. A principios del siglo XX la pasión por la verdad se concentró en el interior de la misma Iglesia, en los campos de la Teología y de la Biblia. Algunas interpretaciones más osadas alarmaron a los defensores de la ortodoxia. En 1907 Pío X cortó de raíz los amagos de heterodoxia con la encíclica *Pascendi* y el decreto *Lamentabili*, un nuevo catálogo de errores y anatemas, que frenó durante varias décadas la investigación teológica dentro del catolicismo, mientras se acentuaba la desconfianza contra los espíritus más innovadores.

Fervor. En compensación a esta estrechez doctrinal, en las primeras décadas del siglo XX se dieron nuevos impulsos a las expresiones de fe y devoción del pueblo cristiano. La espiritualidad del siglo XIX, expresada en fórmulas románticas y símbolos sencillos, se prolongó hasta bien doblado el siglo XX. Es una época en la que se practican con fervor exuberante las grandes devociones a la Inmaculada y al Sagrado Corazón. El cincuentenario de la proclamación dogmática de la Inmaculada, en 1904, desahogó el fervor mariano en todas las comunidades. El culto al Sagrado Corazón alcanzaba su cima en la encíclica *Haurietis Aquas* de Pío XII (1956). El fervor interior se demostraba en el ofrecimiento diario de los millones de socios del Apostolado de la Oración y en la comunión de los primeros viernes. Exteriormente, aquella devoción se expresaba en símbolos con los que se quería afirmar el reinado social de Jesucristo. Los católicos de todo el mundo, desde Montmartre al Corcovado, rivalizaban en erigir monumentos al Corazón de Jesús. Los españoles querían demostrar, además, la verdad de la promesa «Reinaré en España», y elevaban imágenes de Cristo en calles, pla-

zas, torres y montañas: en el Cerro de los Ángeles de Madrid, en la Gran Vía de Bilbao, en el Tibidabo de Barcelona o en Otero de Palencia.

Expansión misional. El avance de la evangelización fue espectacular en tierras de misión. Desde mediados del siglo XIX se iniciaba un período de expansión cristiana, que bien merece el nombre de «siglo de las misiones». El renacimiento de las congregaciones religiosas favoreció la expansión del cristianismo. Una buena propaganda divulgaba las heroicidades de los misioneros en tierras exóticas. La onda misionera caló en el pueblo cristiano desde los niños de la Santa Infancia hasta las monjas de clausura. Los efectos fueron admirables. La única sombra en aquella expansión era su ligazón con el último colonialismo europeo y sus formas culturales occidentales, aunque poco a poco, después de la primera guerra mundial, empezaron a ensayarse los métodos de adaptación a las culturas indígenas.

Reconquista cristiana. El Reinado Social de Cristo se entendía principalmente como el reconocimiento público del derecho cristiano en la sociedad. La Iglesia hacía valer su categoría de sociedad perfecta y pretendía obtener de los poderes civiles el reconocimiento exclusivo de su culto y la aceptación de leyes de inspiración cristiana. Frente a una sociedad cada vez más desligada de las vinculaciones religiosas, la Iglesia reaccionaba con rotundas afirmaciones de aspiración universal. Los lemas de los primeros pontífices del siglo expresan aquel propósito de reconquista: *Instaurare omnia in Christo* (Pío X), *Pax Christi in regno Christi* (Pío XI). Con la fiesta de Cristo Rey (1925) se pretendía remediar «la exclusión social de Dios». Para conseguir aquel objetivo se procuró la reconversión católica de las estructuras temporales (la familia, el sindicato, la enseñanza, la prensa), y se organizó la colaboración de los seglares con la jerarquía por medio de la Acción Católica.

La presencia cristiana resultaba difícil en las naciones donde dominaban ideologías que arrasaban la libertad individual y hacían imposible la disidencia. La Iglesia se sentía en esos casos acorralada por unos gobiernos que podían poner dificultades a su existencia; y por eso firmaba pactos y concordatos, pues veía en ellos una garantía de reconocimiento y una defensa de su libertad. La firma de los pactos de Letrán en 1929, y los numerosos concordatos firmados en las primeras décadas del siglo XX tienen aquí su explicación razonable. A pesar de todo, los pactos se rompían cuando en algunas naciones triunfaba el laicismo agresivo o el totalitarismo excluyente. Entonces los Pontífices y algunos obispos solían publicar documentos valientes en los que se condenaban las desviaciones éticas de las ideologías totalitarias. En 1937 el Papa Pío XI publicó dos encíclicas contra dos sistemas

opresores: *Divini Redemptoris* contra el racismo y neopaganismo de los nazis, y *Mit brennender Sorge* contra el ateísmo comunista.

El anticlericalismo. Laicismos, nacionalismos y comunismos, en sus aplicaciones más externas, fueron los mayores obstáculos que se encontraron las iglesias cristianas en el siglo XX. La oposición a la Iglesia por parte de estas y otras ideologías suele llamarse anticlericalismo, un fenómeno histórico que llena toda la edad contemporánea, aunque ha cobrado especial virulencia en la primera mitad del último siglo. Suele definirse el anticlericalismo como la oposición al influjo excesivo del clero en la vida pública. El anticlericalismo se ha manifestado en formas de actuación muy diferentes, desde la propaganda de las ideas hasta la violencia contra las cosas y personas sagradas. Pero siempre había un detonador que desataba los ataques anticlericales, y era el disgusto que provocaba el avance del espíritu cristiano o la recuperación espectacular de una Iglesia capaz de influir en las conductas y de contradecir a otras ideologías totalizantes o simplemente opuestas a la dignidad humana. El gran renacimiento de la Iglesia desde finales del XIX y en la primera mitad del XX, en todos los órdenes, unido al espíritu combativo que ésta mostraba contra el liberalismo, el socialismo y otras ideologías modernas, acentuaron la ruptura. Fueron tiempos de confrontación. La religión era desechada como el gran obstáculo para el progreso, el opio del pueblo, el freno reaccionario contra la cultura y educación moderna. La Iglesia lanzaba anatemas. Y los cristianos sufrían persecución.

Las persecuciones. El siglo XX es un siglo de gloria y tragedia. Quiere el Papa que en este año santo se haga una conmemoración ecuménica de los mártires del siglo, y con este fin cada nación está recogiendo los nombres de cuantos dieron testimonio de su fe y caridad con su propia vida. Todo el siglo es un rosario de mártires, aunque su número es mayor en la primera mitad. Fueron víctimas de persecuciones de distinto signo.

Los primeros mártires del siglo fueron cayendo en China, en persecución xenófoba y anticristiana de los boxers, que llegaron a sacrificar a 180 misioneros y 40.000 cristianos.

Muy violentas fueron también las persecuciones causadas por el laicismo antirreligioso en algunos países durante el primer tercio del siglo XX, en el contexto de guerras civiles y revoluciones. Los poderes revolucionarios destruyeron los signos de la fe cristiana y liquidaron a las personas vinculadas a una Iglesia que consideraban enemiga. La revolución mexicana sacrificó a unos doscientos mártires entre los que se destaca el padre Agustín Pro. Durante la persecución religiosa de la guerra civil española fueron sacrificados casi siete mil eclesiásticos, que, unidos a unos tres mil seglares de Acción

Católica, elevan a diez mil el número de mártires. Por mucho que quiera conectarse la muerte de estos hombres a la situación política, no puede negarse el hecho de su condición de mártires cristianos en uno de los testimonios colectivos más compactos de la historia de la Iglesia.

Las persecuciones del comunismo ateo fueron duraderas y sistemáticas. La Iglesia ortodoxa rusa fue la primera en sufrir sus ataques. En 1922 fueron martirizados 2.691 popes, 1.962 monjes, 3.477 religiosas y numerosos seglares; los bienes eclesiásticos fueron requisados y la mayor parte de los obispos se vio recluida en cárceles o campos de concentración. En las democracias populares tras el telón de acero los cristianos sufrieron duras represiones que pusieron a prueba su fidelidad. Parecidas dificultades se impusieron en Cuba y Vietnam. En la China de Mao las misiones quedaron destruidas. Una Iglesia del silencio, con pastores ocultos o encarcelados, ha tenido que coexistir, hasta el día de hoy, con una iglesia nacional china separada de Roma.

Las persecuciones de los nazis encajan con la oposición de su ideología racista a la moral cristiana y a los derechos humanos. El ataque del nacionalsocialismo alemán a algunos cristianos más comprometidos fue una persecución en sordina, si se compara con la aniquilación que padecieron los judíos. Es muy triste que aquella hecatombe sucediera en un país de tradición cristiana. Entre las víctimas del holocausto hubo muchos cristianos heroicos, mártires silenciosos como Maximiliano Kolbe o Edith Stein, que se fundieron con los millones de mártires anónimos a quienes se negaron los derechos más elementales.

A la multitud de mártires por los derechos humanos se han unido, en los últimos años del último siglo, las víctimas de dictaduras autoritarias, que han asesinado a no pocos defensores de la dignidad humana o de la integración racial, con el pretexto de que apoyaban la revolución o el desorden. Martin Luther King, el obispo Oscar Romero, o los jesuitas asesinados del Salvador murieron como auténticos cristianos en defensa de la fe y de la justicia.

En situaciones y contextos distintos, todos han sido testigos de Cristo, confesando a Dios ante quienes lo negaban, o defendiendo la dignidad del hombre ante quienes oprimían su libertad o negaban sus derechos.

Adaptación y renovación en un mundo secularizado

EL Concilio Vaticano II y sus crisis de antes y después. El mundo cristiano, en la segunda parte del siglo, muestra unos

caracteres y comportamientos nuevos. Dentro de la Iglesia católica el cambio de rumbo lo ha marcado el Concilio Vaticano II. Pero hay que reconocer que el Concilio no fue tan nuevo como parecía, pues abrió la puerta a iniciativas anteriores. El Concilio fue un parto gozoso que tuvo una gestación penosa, y un posparto no menos doloroso.

Antes del Concilio, en los años cuarenta y cincuenta, hubo fermentos callados, corrientes de renovación, signos todos de un cristianismo vivo, que fluía por debajo de la Iglesia oficial. Es el momento de los grandes pioneros y de iniciativas valientes: la nueva teología, los sacerdotes obreros, la JOC, los escritores profetas, las formas renovadas del arte cristiano. Signos todos de una sensibilidad religiosa nueva, que buscaba el encuentro con el mundo, el acercamiento a los problemas del hombre, la apertura cultural. Había ganas de compartir, comprender y acompañar; deseos de apearse del altar y bajar a la calle. Juan XXIII destapó la olla, y brotaron las esencias que impregnaron el Concilio. Después estalló la crisis posconciliar, muy aguda en los años sesenta y setenta. La crisis se manifestó en agrias polémicas entre progresistas conservadores, muy ligadas a posturas políticas y sociales, y en quiebras de identidad, que llevaron al abandono de muchos sacerdotes y a la disminución de vocaciones.

Secularización e indiferencia religiosa. En el ocaso del siglo XX, se han superado muchas de aquellas tensiones, y se puede hacer un balance rápido sobre los obstáculos que encuentran los cristianos en las últimas décadas y sobre los cambios más esperanzadores.

Ha habido un cambio de obstáculos. El espíritu cristiano se encuentra hoy más acosado por el secularismo que por el anticlericalismo. La secularización no es una novedad de nuestro tiempo, pero sus efectos se notan más que nunca en esta aldea global que nos atrapa en sus redes mediáticas universales. En el mundo se ha impuesto, de forma natural, una secularización pletórica. La religión se oculta cada vez más en los pliegues de la conciencia, hasta desaparecer como fuerza social. La imagen de Dios aparece borrosa y marginada (5). El anticlericalismo militante ha desaparecido, pero avanza el secularismo suave, el agnosticismo, la indiferencia religiosa, y, en el mejor de los casos, la creencia vaporosa, desligada de compromisos morales o de prácticas obligatorias. Hay, por supuesto, reacciones religiosas que tocan el sectarismo y el fundamentalismo, pero cabría interpretarlas como reacciones exasperadas contra el universo secularizante.

(5) «Rasgos del cristianismo del 2000»: *RAZÓN Y FE*, n.º 1.216 (febrero 2000), 117-124.

La secularización, a pesar de todo, es una ley histórica unida al progreso de la humanidad, y no significa, en sí misma, la destrucción de la religión. Por el contrario, encierra elementos que pueden ser muy positivos para el desarrollo de una religiosidad auténtica, pues la correcta distinción de lo humano y lo divino, la separación razonable de la Iglesia y el Estado, la desmitificación del mundo y otras consecuencias del avance natural de la humanidad, pueden ayudar a una religión más auténtica, purificada de lastres temporales. Tales son las luces y sombras de la secularización. Lo cierto es que hoy, en el ambiente materialista y consumista que nos rodea, el cristiano de verdad se siente como «bicho raro» entre la masa, como peregrino en país extraño.

Algunos cambios renovadores. En estas circunstancias, la fe del cristiano presenta, en las últimas décadas del siglo XX, unos caracteres que pueden considerarse nuevos. Podríamos resumirlos así.

1. *Una fe más ilustrada.* El esplendor de la teología cristiana, tanto católica como protestante, en la segunda mitad del siglo es bien patente. El pensamiento cristiano aparece muy conectado con las realidades terrenas y los problemas del hombre actual. Se han abierto líneas teológicas nuevas, existenciales y liberadoras. Superando los extremos del integrismo y del espiritualismo, se busca la identidad cristiana en un conocimiento del misterio de Cristo que lleve al diálogo con las demás religiones y al compromiso con los problemas de la sociedad (6).

2. *Una fe más justa.* Las confesiones cristianas apuestan hoy decididamente por un servicio solidario a la comunidad humana. La fe cristiana es inseparable de la caridad. En las circunstancias de desigualdad e injusticia que imperan en nuestro mundo, hoy se insiste en que la proclamación del evangelio es inseparable de la promoción de la justicia. La conciencia crítica contra toda clase de desviaciones éticas, la oposición a las estructuras opresoras, la opción preferencial por los pobres, el compromiso social y la defensa de las libertades democráticas son algunas de las misiones proféticas de la Iglesia de Cristo. Los cristianos han avanzado mucho estos años por este camino. Las conferencias episcopales de Medellín y Puebla, los mensajes de la teología de la liberación, la defensa constante que Juan Pablo II hace de los derechos humanos y de la vida, los últimos mártires por la promoción de la justicia son frutos de un cristianismo solidario.

3. *Una fe más abierta.* La cerrazón defensiva de principios del siglo se ha trocado en apertura tolerante. Del anatema al diálogo, como tantas veces se

(6) Xabier Pikaza: «La teología española ante el fin del milenio. De la liberación a la esperanza (1975-2000)», *Cartaginensia* 15 (1999), 251-324.

ha dicho. Algunos de estos diálogos se iniciaron desde la base, con recelos y disgustos de la jerarquía, como los diálogos entre cristianos y marxistas en plena guerra fría. El diálogo ecuménico entre los cristianos ha progresado mucho de treinta años a esta parte. Las dificultades siguen existiendo, pero los gestos y declaraciones han demostrado un cambio de actitudes. El abrazo de Pablo VI y Atenágoras en Jerusalén, el encuentro de Juan Pablo II con representantes de religiones no cristianas en Asís, y su reciente oración por la unidad en San Pablo Extramuros, acompañado del primado anglicano y del metropolitano ortodoxo, son gestos que hace un siglo eran impensables.

4. *Una fe más inculturada.* Otra gran consigna del cristianismo de nuestros días es la inculturación. Es el abrazo universal a todos los pueblos, razas y culturas, con reconocimiento explícito de su dignidad y valoración sincera de sus tradiciones culturales. Esta actitud está teniendo honda repercusión en los métodos de evangelización. Es una nueva manera de predicar el mensaje cristiano como semilla de salvación que se deposita en las entrañas culturales de los pueblos.

5. *Una fe más comprometida.* Hoy estamos pasando de un cristianismo de masas a un cristianismo de grupos comprometidos. Junto al servicio ministerial de los sacerdotes y al testimonio profético de los religiosos, ha llegado la gran hora de los seglares, dispuestos a vivir su vocación y compromiso de cristianos, con más autonomía y responsabilidad. Los movimientos seglares poseen una gran vitalidad interior y un atractivo que engancha a muchos buenos cristianos. Muchos ven ahí la gran fuerza del cristianismo en el futuro. La convocatoria que hizo Juan Pablo II a estos movimientos eclesiales en mayo de 1998 reunió a 200.000 seglares comprometidos, que representaban a multitud de grupos. Opus Dei, Comunión y Liberación, Neocatecumenales, Carismáticos, Legionarios, Comunidades de Vida Cristiana y un larguísimo etcétera. Con distintos carismas se está formando un nuevo Pentecostés.

En conclusión: Cristo, ayer, hoy y siempre

TAL es la conclusión a que nos lleva el recuerdo de la peregrinación de los cristianos del siglo XX. El alma que ha movido sus pasos no ha sido una idea, sino una persona: Jesucristo, ayer, hoy y siempre. El Nuevo Testamento le ha dado los nombres de la fe: el Cristo, el Señor, el Salvador, el Santo de Dios, el Alfa y Omega. Nombres que el

pueblo cristiano sigue invocando en los himnos de la liturgia. Nombres de Cristo, inagotables. Cada generación ha mostrado tal vez preferencia por alguno de esos nombres, y ha inventado otros nuevos acomodados a sus esperanzas. Para los católicos que entraban en el siglo XX el nombre de Corazón de Jesús les hizo progresar en el conocimiento interior de Cristo y les ayudó a identificarse personalmente con él. A lo largo del siglo se han usado otros nombres, viejos o nuevos, cada vez más ligados a los anhelos de igualdad y de justicia. El Cristo nuestro hermano, que dio título a un bello libro de los años cuarenta. El Jesucristo Superstar de la ópera rock en tiempo de los hippies, o el Cristo Obrero, Compañero y Liberador de la canción americana del credo campesino. Seguirán nuevos nombres y nuevas imágenes. Es la eterna nostalgia de Cristo en los cristianos de todos los tiempos. La que expresaba Unamuno en su poema:

«¡Sin Ti, Jesús, nacemos solamente
para morir; contigo nos morimos
para nacer, y así nos engendraste!» (7)

(7) Miguel de Unamuno: *El Cristo de Velázquez. Poema*. Espasa-Calpe, 5.^a ed., Madrid, 1976, 123.